

Los huesos del Che fueron estudiados por mis manos

Uno de los mejores antropólogos forenses del mundo, Héctor Soto Izquierdo, vivió el momento excepcional del hallazgo de los restos de Ernesto Guevara y seis de sus compañeros hace 20 años

ENRIQUE OJITO LINARES

Como sabueso viejo en las lides reporteriles, Jon Lee Anderson toma el casete que saca de una de las medias de sus pies. Enfrente, el general Reynaldo Cáceres Quiroga, alto oficial de las Fuerzas Armadas de Bolivia, lo calumnia: que si el periodista emborrachó al general (retirado) Mario Vargas Salinas, que si le pagó dinero. Todas las injurias del mundo, hasta que Cáceres escucha la grabación. Es la voz de su colega asegurando que los restos de Ernesto Guevara y seis de sus guerrilleros yacían en una fosa común debajo de la pista vieja del aeropuerto de Vallegrande desde el 11 de octubre de 1967.

A Cáceres no le queda otro remedio que tragar en seco y admitir que la entrevista publicada por Anderson en *The New York Times* el 21 de noviembre de 1995 no era hija de su mente pródiga.

El revuelo internacional que provocó la noticia no se hizo esperar, rememora hoy en su oficina del Instituto de Medicina Legal, de La Habana, el antropólogo forense Héctor Soto Izquierdo, uno de los integrantes del equipo de expertos cubanos que encontró el 28 de junio de 1997 la tumba secreta del Che.

Sin embargo, la noticia de *The New York Times* no era tal. En 1987, al conmemorarse los 20 años del asesinato del argentino-cubano en La Higuera, varios de los jefes militares que intervinieron en la lucha antiguerrillera escri-

bieron libros, los cuales señalaban, casi en su totalidad, que el combatiente estaba enterrado en Vallegrande.

Lógicamente, previo a que Soto Izquierdo se asentara de modo definitivo el 12 de enero de 1997 en Bolivia, la búsqueda de los restos transitó varios episodios, según lo indica el antropólogo forense cubano, figura notoria de su especialidad en el mundo.

PRIMEROS EPISODIOS

Luego de que el gobierno del país sudamericano, liderado por Gonzalo Sánchez de Lozada, emitiera un Decreto Presidencial para comenzar las investigaciones sobre el destino final de Ernesto Guevara, solicita la cooperación del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) y de la Empresa Georradar del Área Geofísica, también de la vecina nación.

Todos los ojos se vuelven hacia la pista antigua de Vallegrande. Vargas Salinas dice no recordar el sitio exacto del enterramiento. Más periodistas llegan para revelar la posible primicia; más excavaciones en la zona del aeropuerto, que de un día a otro semeja el suelo lunar por tantos cráteres abiertos.

Héctor Soto rememora que en diciembre de 1995 el testimonio de Vicente Zabala lleva a los colegas argentinos del EAAF hasta la finca de ese campesino en Cañada del Arroyo, a 5 kilómetros de Vallegrande, donde localizan los restos de tres guerrilleros, no identificados inmediatamente.

A mediados de ese mes, arriba a Vallegrande el cubano Jorge González Pérez, en aquel momento director del Instituto de Medicina Legal y representante de los familiares del Che, Tania y de los guerrilleros cubanos. El médico legista no se abstrae de su condición de perito y se incorpora a las excavaciones en Cañada del Arroyo. "Surgió una hermandad desde el primer día con los antropólogos argentinos", comentó a la prensa.

Enero de 1996 trae escasas novedades. La búsqueda retorna a la pista, ahora con el auxilio de geofísicos cubanos. Un propósito rige las acciones: delimitar las áreas principales de excavación. A mediados de marzo sobreviene el aliento con el hallazgo de los restos de un cuarto combatiente en Cañada del Arroyo; sin embargo, el EAAF decide retirarse por cuanto sus miembros eran, básicamente, especialistas en identificación.

Solo a partir de ahí, Cuba llevaría sobre sus espaldas la responsabilidad de la búsqueda, dirigida por el doctor González Pérez, quien, unido a expertos de la isla tanto en Bolivia como en nuestro país, delinea una nueva estrategia, compuesta por varias etapas: la investigación histórica, los estudios básicos del suelo de la



Soto elogió la integralidad de la investigación cubana. /Foto: Arelys García

pista vieja, la prospección geofísica, la excavación arqueológica y la identificación antropológica.

Ninguna acción emprendida por los cubanos resulta de menor o mayor valía. Toda indagación importa; la histórica, ni decir. A más de 28 años de la muerte del Che, no se disponía de una versión consolidada y convincente acerca del paradero de sus restos.

La desinformación, propalada por las fuentes oficiales bolivianas, era daga siempre. El cadáver fue incinerado y las cenizas esparcidas desde un avión, repetían estas. Otras apuntaban que lo arrojaron desde un helicóptero en la selva profunda para alimentar los perros salvajes. "Si algo no faltaba eran las versiones del sitio del enterramiento", alega Soto Izquierdo.

De las 13 referidas a los posibles destinos de Guevara reunidas por Cuba hasta esa fecha, al final la cifra superó las 80. Aquel laberinto de supuestos tiene en la historiadora y socióloga cubana María del Carmen Ariet una pieza clave para interpretarlo. Entre los más de 1 000 entrevistados se hallaba el tractorista que estuvo en la excavación de la zanja para depositar los cadáveres aquella noche; mas, no retenía el lugar en lo hondo de su memoria.

Llega la hora de dar el todo por el todo en un área al fondo del cementerio viejo, en la antigua pista aérea, estudiada milimétricamente por los geofísicos y otros expertos de la isla. Más que los restos de Guevara, en ese momento lo que buscaban era la zanja tapada. Para localizarla habría que sortear varios obstáculos.

INCONVENIENTES

En su discreta oficina, frente al monitor de la computadora, Héctor va de una foto a otra. "Ese que ven ahí es este señor que les está hablando", expone sabor del honor que le asistió.

Mirando por encima de los espejuelos, recuerda al agente de la CIA de origen cubano Félix Rodríguez, quien, ante la cercanía del hallazgo, se aparece en una avioneta en Vallegrande, acompañado por las cámaras de la CNN, y ubica el enterramiento en un lugar opuesto adonde buscan los de la isla. "Quería desinformar y desprestigiar el trabajo historiográfico, científico, realizado por nosotros", agrega el perito.

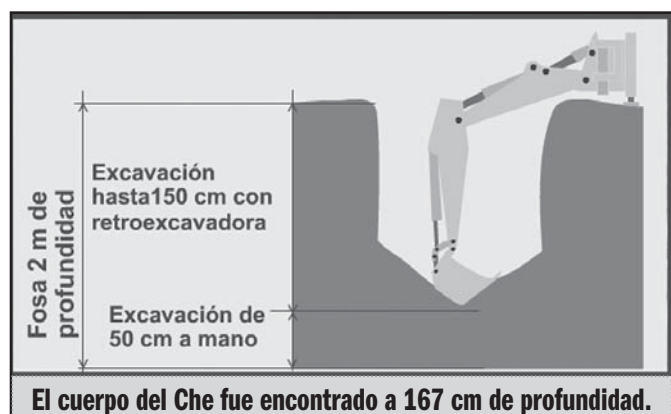
Al mismo estilo, resurge el también participante en el asesinato del Che, Gustavo Villoldo. Este oficial de la CIA le remite una carta a Aleida Guevara y se ofrece para dar la información sobre la tumba del padre. La callada por respuesta. El hombre se queda con las maletas hechas en Miami y las cámaras apagadas; al final, opta por comunicarse con el gobierno sudamericano y le expresa su interés en brindarle los datos; pero con una condición: los cubanos debían retirarse. Acto seguido, el mandatario boliviano anuncia el ultimátum para hallar los restos.

"Cuando se apretó aquello —relata—, reestructuramos los procesos técnicos de una excavación arqueológica. Ya teníamos estudiada

EN BUSCA DE LOS GUERRILLEROS



Los especialistas emprenden la excavación arqueológica.



EXPERTOS CUBANOS PRESENTES EN BOLIVIA EN JUNIO DE 1997

- Dr. Jorge González Pérez (médico legista, Instituto de Medicina Legal)
- Dra. María del Carmen Ariet García (historiadora, Centro de Estudios Che Guevara)
- Dr. Noel Pérez Martínez (geofísico, Empresa Nacional de Investigaciones Aplicadas)
- Dr. José Luis Cuevas Ojeda (geofísico, Instituto de Geofísica y Astronomía)
- Dr. Carlos Sacasas León (geofísico, ISPJAE)
- MSc. Héctor Soto Izquierdo (antropólogo, Instituto de Medicina Legal)
- Dr. Roberto Rodríguez Suárez (arqueólogo, Universidad de La Habana)